

enseñanza superior, a la vez que sirvió durante 30 años la cátedra de "Mecánica, Grafostática y Resistencia de Materiales".

El máximo galardón lo obtuvo el 26 de junio de 1944, al ser nombrado primer Decano de la Facultad de Arquitectura, creada el 26 de enero de ese año. Con su habitual abnegación, sirvió este cargo hasta 1947; le cupo actuar, pues, en el movimiento de la Reforma de 1946, siendo digno de especial mención su decisivo apoyo a la modificación total de los planes de estudio en vigencia. Espíritu ponderado, logró con pleno éxito allanar caminos, suavizar asperezas y concordar voluntades en tan difícil circunstancia.

Con motivo del aniversario que se celebra, el Instituto de Teoría e Historia de la Arquitectura ha deseado

destacar la vida profesional de don Hermógenes del Canto por cuanto ella representa la feliz conjunción de una ejemplar carrera funcionaria y de un permanente interés por la casa universitaria que lo formó y, también, porque su nombre se mantendrá siempre unido a uno de los eventos más importantes de la historia de la enseñanza de la arquitectura, cual es, la creación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile.

arq. MYRIAM WAISBERG I.

Jefe de la Sección de Historia de la Arquitectura Chilena y Americana

MEDICOS ILUSTRES EN CATEDRAS DE NUESTRA UNIVERSIDAD

por el Dr. HERNÁN ROMERO

Presidente del Colegio Médico de Chile

ITALO ALESSANDRINI (1896)

Filósofos de la Grecia Antigua sustentaron que, para que el hombre pudiera ejercer dominio sobre los demás animales y sobre el planeta todo, los dioses lo hicieron erecto y confirieron gran potencia a sus miembros superiores. Aristóteles los sacó del engaño, afirmando que la superioridad del bipedo inerte reside en su inteligencia y en su mano que, por designio de esas deidades, han de ser usados en conjunto. Sostuvo, además, que no obstante su brevedad, el pulgar es el más grande de los dedos. Galeno igualó su importancia a la suma de los otros y porque se opone a ellos, un seguidor suyo lo llamó antimanó. No sería difícil probar que su increíble emancipación ha constituido factor decisivo en el formidable desarrollo y en el señorío que nuestra especie ha alcanzado en este mundo.

No sólo los romanos pusieron de moda la quiromancia, puesto que en el Libro de Job el profeta dice que el Creador imprimió timbre peculiar e indeleble en cada una de las palmas humanas para que, en todo momento, las creaturas reconocan su obra. La decadencia de ese ocultismo, en el Renacimiento, coincidió con las primeras representaciones de la mano como algo viviente y compuesto de huesos y músculos, tendones y vasos, articulaciones y piel. En la tarea, Miguel Ángel y Leonardo siguen siendo artistas insuperables. No deja de ser sugestivo que las mutilaciones de dedos de que

hay rastros en las cavernas más arcaicas afectan únicamente a los izquierdos. Por grande que fuera el deseo de aplacar los espíritus malignos, nadie se resignaba a invalidar el órgano que le asegura la subsistencia. Munro lo llama el mecanismo más completo y perfecto que haya producido la naturaleza, y Shakespeare pretende que, como medio de expresión, nada más que la fisiología lo supera. Tan primordiales son sus funciones táctil y motora que tiene mayor representación en la corteza cerebral que otra parte cualquiera del organismo.

En 1672, Diemberbroeck, el anatomista holandés, publicó una descripción deliciosa. El primer dedo, que es el más grueso y cuya fuerza iguala a la adición de los demás, se denomina pulgar, y, el segundo, índice, porque se emplea para señalar las cosas. Al tercero, se le califica de impúdico o aun de obsceno, no por los motivos que pueda suponer el lector, sino porque se le utiliza para apuntar a los hombres que merecen escarnio o han cometido infamia. Se titula al cuarto, anular o médico, porque en él debían antes llevar los individuos aceptados en la profesión de los físicos un anillo de oro. El quinto o meñique, se conoce como auricular, porque sirve para hurgarse las orejas. Difícil plantear el asunto con mayor tersura.

Estas reflexiones y muchas más surgieron espontáneamente en mi espíritu cuando me propuse pensar, sin ahinco, en el varón preclaro que la Sociedad de Cirujanos acaba de consagrar Maestro de la Cirugía Chilena

y a quien rendimos homenaje con tan efusiva cordialidad. Porque lo adornan un cerebro privilegiado y manos tan diestras, Aristóteles lo habría señalado como arquetipo y, a no dudar, debió triunfar en cualquier actividad a que dedicara sus esfuerzos. No conozco las raíces de su vocación y me atrevo a proclamar, sin embargo, que no pudo elegir profesión con más acierto. Esa consagración es apenas un hito en la ruta, que ilumina el sol de la tarde y que se pierde en una ancianidad activa y noblemente fecundada. En fecha lejana le llegará su hora, al igual que a todos los mortales y entonces dejará, pausadamente, de seguro, su carga a la vera del camino y mirará alrededor con su sonrisa breve, como sorprendido porque no le permiten seguir trabajando y dando, como siempre, más de lo que recibe.

Optimista glandular, todo le parece sencillo y nunca lo vi perder el buen humor. En una época estuvimos tan próximos que el doctor Vargas Salcedo nos creía contemporáneos. Nos acercaba la familia de su mujer a que me atan lazos muy fuertes y uno de cuyos miembros me favoreció con excepcional generosidad, haciendo posible, más que nadie, una zancada decisiva en mi carrera. Ahora vuelan también a Alfonso Grez mis pensamientos, cargados de gratitud. Con gran contentamiento de este amigo, llamaba al grupo los choroyes, no porque fueran vistosos ni vocingleros, sino porque andan en bandadas y entre ellos, las tertulias eran alegres y efusivas.

Con sus bromas, Italo hace blanco principalmente en sí mismo. Para significar que el tiempo determina mudanzas, recuerda que, de pequeño, lo arrendaban a lo prestaban para que representara al Niño de Dios. Cuando se enreda en una disputa con el carabinero, no abandona su sitio porque, sentado, se ve más alto. Ante un auditorio repleto de estudiantes y para explicarles que el médico le dedica sus mayores desvelos, hijo que el Hospital San Juan de Dios era su querida. "Ya no puede tener otra", atronó uno de los muchachos y él asintió regocijadamente.

Ecuánime, Alessandrini posee la serenidad que fienten las convicciones arraigadas y no las afirmaciones reténicas ni los códigos apasionados. Formula y defiende sus opiniones hasta con denuedo, pero evita las argumentaciones ásperas y estériles. Debe haber definido sus objetivos a temprana edad y dedicado a lograrlos energías torrenciales que no saben de desmayos ni claudicaciones. Parece echarse a la espalda los pesares de ayer y prescindir de los escollos que habrá de superar o esquivar más adelante para gozar, en plenitud, del día de hoy. Cocinero insigne, ha desplegado la sabiduría de alentar gustos cuya satisfacción queda a su alcance y que procuran placer. Si se gasta con sus colaboradores y ayudantes actitud parecida a la que asume co-

mo anfitrión, ha de ser estimulante y grato cumplir estos papeles.

Con una mente esencialmente receptiva y abierta a todas las influencias de progreso, no olvido que, apenas aparecieron las primeras referencias sobre anticoagulantes en la literatura, me pidió que le enviara heparina por vía aérea. Más significativo todavía, me encargó que contratara una directora para la Escuela de Servicio Social Alejandro del Río, que atravesaba por una crisis seria. De su iniciativa derivó la venida a Chile de Christine Galitz, que volvió a poner el establecimiento sobre sus pies y le imprimió un impulso enérgico y eficaz. Durante su gestión como Director General de Beneficencia se interesó también por modernizar la enseñanza de enfermería y su preocupación por estas cooperadoras y su educación se mantiene intacta hasta el momento presente.

No cree que el hombre sea meramente la suma de sus partes y conoce la geografía de su cuerpo a carta cabal, porque la ha explorado tesoneramente y hasta en sus rincones más recónditos. Inquieto, un si es no es aventurero y zapador en el arte que profesa, no respetó, en su momento, ningún territorio. Por razones meramente estéticas ha abandonado uno, que no es de su agrado y probablemente, no trepana ya cráneos; pero sus discípulos declaran que instauró la cirugía máxilo-facial entre nosotros y que ha aportado contribuciones de mérito en casi todas las esferas. Ha disfrutado, evidentemente del privilegio de cultivar un campo que le es muy predilecto y a la vez, sufrido la condena de que lo acicatee afán insaciable de innovación, mejoramiento y aun originalidad. Como el artista de verdad, ha existido para los demás y no ha cesado, un instante, de crear.

Sólo con ese caballero sin par que es don Alvaro Covarrubias, comparte la singular distinción de que se les designara, en vida, Maestro de la Cirugía Chilena. Este homenaje no pudo quedar circunscrito al círculo de los hombres que manejan el bisturí. Porque la figura admirable y señera de Italo Alessandrini honra a la Patria y al gremio, merece la consideración respetuosa de sus conciudadanos y de la posteridad. Tomo partido de mi condición de Presidente del Colegio Médico y me empino para cantarles loas, con la sencillez que él mismo exige, en nombre de todos sus colegas de Chile.

LUCIO CORDOVA (1871-1954)

Pronto iba a cumplir sesenta años de profesión y esas tres veintenas de su largo camino condensan la historia de la medicina chilena. Antes aun de recibirse, don Lucio Córdova fue ayudante de Medicina Legal y apenas graduado, profesor suplente del ramo e inmediatamente después, de Higiene, cuando ambas cátedras

estaban ocupadas todavía por Puga Borne. En 1898 partió en comisión de estudios a Europa, que visitaría más tarde otras tres veces y nos representó como delegado oficial en el 99 Congreso Interamericano de Higiene y Demografía, que se reunió en Madrid. En 1900 se le designó Jefe de la Sección de Desinfección Pública y al año siguiente, secretario del Consejo Superior de Higiene, cargo que sirvió durante doce años consecutivos.

El mismo Puga Borne, que lo presidía, le encargó que estudiara, en unión de don Mariano Guerrero Bascuñán, administración sanitaria en el Viejo Continente y en Estados Unidos y propusiera leyes y reglamentos para organizar este servicio en Chile. Presentaron ellos un informe, extenso y conjuntoso, que incorporaba un proyecto de código sanitario y ha servido de fuente de inspiración para la posteridad. En 1913 fue elegido Secretario de la Facultad de Medicina y Farmacia y poco después, Miembro Académico. Mientras tanto, hacía carrera como médico de sala y Jefe de Sección en los hospitales del Salvador y Barros Luco con un interregno, durante el cual fue Director General de Beneficencia y Asistencia Social y Ministro de Higiene, Asistencia, Previsión Social y Trabajo en el primer Gabinete de don Emiliano Figueroa.

En 1932, ocupó la cátedra titular de Higiene; en 1937, la dirección de la Escuela de Higiene, y en 1940, la dirección general de las Escuelas de Servicio Social dependientes del Ministerio de Educación, que él creó en Temuco, Concepción y Santiago. La última lleva hoy su nombre. Entre 1935 y 1939, fue Consejero de la Escuela de Servicio Social "Alejandro del Río"; presidió prolongadamente la Asociación Chilena de Asistencia Social y durante la administración del señor Aguirre Cerda, participó activamente en la obra nacional que el Presidente impulsó con vistas a la defensa de la raza y el aprovechamiento de las horas libres.

El hombre sin pasiones —ha anotado el poeta— es como la piedra que sólo da chispas cuando se la golpea a martillo. Polemista tesonero, Córdova era considerado, por un periodista que fue maestro en el género, como la mejor pluma de médico; y la pluma —observaba él— es el único instrumento que se afila con el uso. Don Lucio la esgrimió tan infatigablemente, que quienes nos esforzamos seriamente por penetrar en el vasto escenario de su mente, tenemos de él la imagen de un cruzado.

La Ley Orgánica que Andrés Bello dio a la Universidad de Chile en 1842, dispuso taxativamente que nuestra Facultad, además de velar sobre el cultivo y el adelanto de las ciencias médicas, debe dirigir sus observaciones a la mejoría de la higiene pública y doméstica. La cátedra respectiva, que honraron, sucesivamente, los Morán, Lafargue, Padín, Petit, Tocornal, Murillo,

Puga Borne, Del Río, Cádiz, Demaría y Córdova, ha tenido el difícil privilegio de originar muchos debates y servir de marca para incontables disparos. Acaso nadie asumió con más arrojo una y otra posición que Lucio Córdova. En homenaje a él y a todos ellos, su sucesor querría grabar en el frontispicio una leyenda que dijera "más vale el error fructífero que la verdad estéril".

Hijo de argentino, su padre se acercó en Chillán y entroncó con una familia de cepa, que ha dado al país varios ciudadanos preclaros. Culto y estudioso, Francia constituyó el faro que iluminó su senda. Solía traer de sus viajes libros curiosos que revelaban las preocupaciones varias de su espíritu. Algunos estaban allí, junto a él, en la noche del desencane.

Cuenta Plutarco que Diógenes casi se alteró porque su médico quiso despertarlo inmediatamente antes del deceso. El sueño es el hermano de la muerte, la precede y la anuncia. Don Lucio volvió a la conciencia y la afrontó con la serenidad decidida que le era tan propia y que acerbaban, esta vez, largas meditaciones sobre un acontecimiento que aguardaba sin impaciencia ni temor. La Facultad de Medicina honrará su memoria y su sucesor cuidará de preservarla y de emplearla como ejemplo señero para las generaciones que pasen por su cátedra.

HECTOR DUCCI (1915-1959)

La voluntad comanda las actividades con propósito. Se siente la propia; en otros, se la percibe o se la vislumbra a través de las actitudes y de las acciones y a través de la capacidad de elegir certeramente entre distintas posibilidades y, a diferencia del impulso o del mero deseo, perseguir fines distantes. Para Spinoza, el intelecto y la voluntad son uno mismo y si no en los demás, lo fue en Héctor Ducci. Sus ideas parecían concebidas súbitamente y sometidas a un período de gestación para nacer enteras, imperiosas e irresistibles. En su mundo nada fue incierto, efímero ni intrascendente. Por un sentido inconfesado de ideal contestatario, si le hubieran preguntado por el móvil último de sus actos, que lo impulsaba el afán de progreso y de bien común.

En el colegio conocí a sus hermanos mayores y estuve muy cerca de la familia cuando uno de ellos sucumbió trágicamente. No fue la primera pena de la niñez y sin embargo, me dejó cicatriz. A Héctor no vine a individualizarlo sino cuando era, de alumno, ayudante de la cátedra de Microbiología. Volvía de una larga ausencia y me impresionó, desde el primer momento, como una de las personalidades más poderosas que hay enfrentado. Advertí la claridad diáfana de su pensamiento y la certeza de sus convicciones, que solían

tornarse implacables. Hizo el elogio de la disciplina en la enseñanza universitaria.

Poco después ingresó a la cátedra del profesor Alessandri y pasó varios años, en las dos piezas de su laboratorio clínico. Acaso deliberadamente quiso conocer al hombre explorando sus mecanismos y acaso también ese fue uno de los secretos de su capacidad médica. Un buen día se impuso en su mente la importancia de la organización y sin abandonar sus antiguas preocupaciones, que pasaron, eso sí, a segundo plano, puso en marcha un sistema administrativo, empleando las técnicas irreprochables de un científico. Creó una sala piloto para la atención de enfermos y en ella ensayó experimentalmente los procedimientos que se proponía aplicar. La preparación de equipos instrumentales absorbió su atención con tanta vehemencia, como antes la dilucidación de procedimientos diagnósticos.

Galvanizó inteligencias cercanas y distantes para desarrollar un sistema de gran perfección, que colegas jóvenes y estudiantes han dado en denominar la Obra de Ducchi y en considerar su contribución más significativa. Porque lo logró él, se atreven ahora a introducir en sus servicios de hospital más de una innovación que antes habría parecido irrealizable. En esta etapa, entendió el papel de la enfermera y desde el momento mismo se convirtió en un cruzado de su causa. En la última época no hubo, en verdad, ninguna actividad importante que se refiriera a esta profesión en que no estuviera él incorporado, plena y firmemente.

Recibido de profesor, percibió que le era necesario aprender más patología, y entonces ya las salas y las dependencias funcionaban adecuadamente y satisfacían sus exigencias estéticas. Se podía trabajar en ellas. Para los pacientes habían desaparecido los números que deprimen la dignidad y cada uno de ellos recibía atención individualizada. En esta fase gastó muchos desvelos para equipar los laboratorios con una abundancia y una variedad que excede, con mucho, de las habituales. Cabe sospechar que entre ellos hay algún aparato que eligió por su valor decorativo más que por su utilidad.

Como en el alpinismo, la ascensión en la vida se hace más exigente mientras más alto se escala. Se desafía el riesgo de las tormentas, el esfuerzo de superarse y el frío de las responsabilidades. Héctor se agigantaba ante el obstáculo. Los grandes hombres son moldeados por su función y no me resulta fácil imaginarlo sino de médico. Sin embargo, había triunfado en muchas otras empresas. Tal vez con excepción de las lucrativas. Menospreciaba el dinero, que constituía para él solamente una palanca. No sabía atesorarlo. En todo caso quedaba tanto por delante antes de pensar en

consolidar la situación económica y siempre había un proyecto más urgente que la mera acumulación de reservas.

Pocos de sus contemporáneos darían de él opinión igual o parecida. Esto no significa, sin embargo, que fuera cambiante, sino simplemente que una persona tan rica muestra siempre muchas facetas. Así se explica que algunos lo hayamos considerado siempre el mismo y pudiéramos aun predecir sus reacciones. Su decisión era una fuerza primaria, como el viento o el mar. Más valía no resistirla, porque se haría arrasadora o persistente. En ocasiones, parecía no percatarse o no importarle estar golpeando sobre hierro frío.

Las gentes suelen confundir las pasiones con la emoción. Casi desprovisto de emotividad, Ducchi era un pasional y puso la misma vehemencia en la formación de una familia maravillosa y en la necesidad casi física de belleza, en su trabajo profesional y hasta en el golf. En su Servicio nunca ha de haberse contratado una secretaria mal parecida y, en cambio, más de una vez se practicarían concesiones en la comodidad o el funcionamiento con vistas a obtener un efecto grato. Vestía con tanta pulcritud que más de alguien no reparó que era elegante. Aun el visitante más desaprensivo percibirá la armonía de colores y el ambiente de quietud que logró imprimir a su consulta.

En la tierra hay más alegría de la que ven los ojos melancólicos. Héctor disfrutaba gozosamente de la vida social, de la buena mesa y de la charla vivaz. Entonces aparecía muy distinto que en la vida de trabajo, donde sus expresiones solían ser tajantes y sus juicios, no siempre piadosos. Parecía creer que era cobardía moral no decir la verdad toda entera tal como él la veía. Le valió más de un enemigo. Por lo demás, las ideas no sobreviven si no se tiene el coraje de defenderlas.

Sin la música, el mundo sería una equivocación. De adolescente, tocó el violoncello; pero más adelante dejó de ejecutar y se interesó únicamente por las cosas populares. Se habría avergonzado de una debilidad. De una salud inquebrantable, le aquejó, hace dos años, una enfermedad infecciosa de curso agudo y benigno; pero dolorosa. Sólo entonces sintió en sus entrañas que era vulnerable y la seguridad en sí mismo se trizó levemente. Por motivos distintos, sufrió mucho en los meses postreros y lo ocultó. Rehusaba deponer el estandarte y no quería, además, que lo timbraran de inválido. Tenía algo de satánica esa rebeldía.

A otros corresponde formular el elogio de sus realizaciones: la Clínica admirable a que entregaba sus desvelos; su eficiencia para lograr que los internos se beneficien realmente del entrenamiento que reciben; sus contribuciones originales al laboratorio clínico y a la terapéutica que citan los libros de texto; su actuación en la

Sociedad Médica y en la Revista Médica; su participación en Congresos internacionales y nacionales de varios países; sus numerosas publicaciones científicas y sus dotes docentes y directivas. A mí me interesa el hombre recio, que rehusó doblegarse, dejó el rostro a la intemperie y no hizo un alto en su camino. Sus rodillas no trepidaron un instante. Tenía que caer fulminado. Era hombre enérgico y con pasión, porque quien no la tiene es apenas, dijo el poeta, una posibilidad: como la piedra que espera el choque para dar chispas. Era hombre esencialmente creador que esculpía sus estatuas, prolija y deliberadamente, después de tomar todas las medidas y contemplar todos los ángulos. Allí están para el regocijo de los suyos y de quienes lo quisimos y lo admiramos.

CRISTOBAL ESPILDORA (1896-1962)

Lo quise entrañablemente y tengo con él una deuda ingente de gratitud que no desearía redimir, porque contribuye a mantener fresco y punzante su recuerdo. Nuestra amistad nació en la secretaría de la Facultad que ocupé repetidamente, en reemplazo y a la muerte de Aldo Contrucci. Amable y cordial, mi antecesor y sobre todo, ese varón portentoso y sutil, que se llama Armando Larraguibel, había establecido la costumbre de recibir a los profesores, casi tarde a tarde. No pedían cita y llegaban como a su casa. De ordinario sometían problemas que siempre hubo voluntad y afán de solucionar; pero, con frecuencia, venían en ánimo de disfrutar del cenáculo que personas cultivadas y con intereses en común habían creado, sin proponérselo, en nuestras oficinas. Probablemente las exigencias de la hora actual no permitirían mantener una tradición que acreció, sin embargo, a los docentes de distintas generaciones y que engendró un espíritu de cuerpo singularmente eficaz.

Allí solía aparecer Cristóbal Espildora cuya visita constituía, invariablemente, regalo gozoso. Bella estampa de andaluz, era menos moreno que los hombres de su raza; alto y espigado, se conservaba escueto para los años que entonces cargara; pulcro y urbano, evidenciaba el abolemento de su estirpe y el refinamiento a que lo habían conducido el estudio acendrado y la meditación recogida. Acaso porque nunca dejó de deleitarle el espectáculo de la vida y de ser en ella actor y, a la vez, circunstante, había en él algo de desmadrado. No lo vi erecto y no lo imaginé en actitud enhiesta y desafiante. La provocación y el reto no cabían, de seguro, en su temperamento apacible. La argumentación convincente y calmada allanaba los desacuerdos y desbarataba las disputas. Con un dejo de ostentación, confesaba desvestirse para dormir la siesta, que representaba práctica inveterada. En un trabajador sistemático, la-

borioso y de mucho rendimiento, el detalle revela su dilación por las acciones deliberadas. Se apresuraba lentamente.

Con él no se iniciaba una conversación, se la reanudaba. Los tópicos abarcaban todo lo que queda bajo el sol y más allá. Unas veces eran las anécdotas jocosas como la del mozo que se enamoró de la muchacha metidos nos agradada del pueblo: "fea es, pero si supieras que letra tiene", o del sujeto que acudió a su consulta auxiliando a un paciente y le pidió que dirimiera una apuesta entre ambos. El acompañante, que creía tener visión normal, estimaba inverosímil que su contrincante, el enfermo, pudiera divisar, desde las calles de Santiago, la Virgen del San Cristóbal. Al relato seguía la enseñanza: por falta de verificación y de la corrección indispensables, muchos chilenos no alcanzaban a explorar el panorama a que deberían tener acceso.

Otras veces se entretenía en refutar las especies de que por efectos de su astigmatismo, el Greco pintaba rostros angulosos y dedos de santos que se alargan a fuerza de implorar, como también que la lujuria enturbió los amores de Goya con la Duquesa de Alba. Esa imperfección visual no logra explicar el achatamiento vertical de la figura de Felipe III adolescente y menos la serena profundidad y el sosiego interior que asomaron en la negra de las pupilas del caballero toledano. Rebelde y valiente como un jabato, el inmortal artista de Fuentedetodo supo, sin duda, querer a Cayetana con corazón de baturo, vale decir de aragoneses rústicos. Puede que el solterío contribuyera a que José Sarría viviese 106 años; en todo caso, no gozó de las delicias de una reconciliación o de la dulzura insustituible de la paz conyugal. A no dudarlo, Cristóbal disfrutó de unas y otra y así da prenda de familia admirable que Amelia, su esposa sin par, le ayudó a configurar.

Otro día era la historia triste de un mentor suyo —ni más ni menos que oftalmólogo— a quien un gitano cecioso le seccionó, de un tiro, los dos nervios ópticos. Imprecan y aun blasfeman quienes sufrieron la amputación de un miembro o a quienes una cicatriz afea el rostro. Ocurre que algunos se suiciden ante la amenaza de ceguera inminente; pero, de común, se pasa de la luz a las tinieblas envuelto en un manto de serena resignación. Para Espildora la vista ocupa, entre los sentidos, la jerarquía más alta, aunque sólo sea porque tiende puente entre la criatura y su Dios. Para el colega suyo dejó ya de ser el rostro el espejo del alma y lo substituyó la mano que aprieta, calurosa y enérgica o se apoya, tibia y recelosa, como si temiera tocar. Lo reemplazó también, la voz que denuncia al interlocutor atento e interesado y al que, físicamente próximo, se escabulló de modo subrepticio.

Cristóbal convivió la tragedia de ese oculista malagueño.

—que, incidentalmente, pudo cambiar el rumbo de su propio destino— con devoción semejante a la que se gastaba con cada uno de sus clientes. Puedo rendir testimonio, porque me la prodigó sin reservas. De los facultativos a que recurrí durante mi largo calvario y de los cuales recibí pruebas incontables de abnegada consideración, acaso Hernán Alessandri, que gruñe para enmascarar la bondad, adoptó actitud parecida a la suya. Espíldora poseía alma de samaritano, noble y compasiva. Sea que se propusiera cauterizarme una úlcera de la córnea para contrariar su extensión y me preparara para el dolor que evidentemente compartía o me describiera los escombros que, en su expresión, iban acumulando las lesiones sucesivas, su conducta revelaba ancha comprensión y profunda simpatía por el prójimo que sufre y busca alivio. Nada costaba entregarse en sus manos diestras ni a su celo de médico eximio.

Nuestras finalidades emanaban parcialmente de la ascendencia española. Porque era inmediata en él y sin confesarlo, tenía mucho de pasional, proclamó rotundamente a la hispanidad, que, en su decir, se extiende sobre mares y continentes como el azul del cielo, habría de conformar la cadena que uniera a nuestros pueblos. Con amplio ribetes de poeta y parapetado tras el pseudónimo de Juan de Alcora, escribió abundantemente y con mayor ahínco en los años del atardecer. Procura placer genuino releer sus artículos que resumen gracia chispeante y una ironía bondadosa y tenue. En el elogio al tren que nos amarra al paisaje, nos revela los secretos de un arroyuelo y nos trae el aroma de los espinos en flor, afirma que, como fue hecho de barro, el hombre es hijo del paisaje. Por tanto, no de-rocha el tiempo que gasta en contemplarlo pausadamente como el catador que paladea su bebida favorita. Retoño "de una mujeruca heroica y triste", Maritta logró que el viento le trajera unos patines para volar a ras del suelo, escribiendo el ruego en una hoja de árbol. Lo ató al globo que recibiera como premio de

aplicación y que ayudaron a transportar, de Hamburgo a Inglaterra, una nube y los pájaros. Remató en el jardín de un filántropo que hizo realidad el milagro de fe.

Con frecuencia, Espíldora troca el tono juguetón por el adusto para campar por los autores noveles que se esfuerzan "por salir de la espesa oscuridad del anonimato". Puesto que destinamos tanto dinero "a subvencionar giras futbolísticas, hípicas y hasta de señores que van a propinarse bofetadas a otros países", ¿por qué no ayudar la primera obra del ciudadano a quien consume el fuego de una vocación auténtica y sincera? En su momento abogó denodadamente —desde su cargo en la Asociación Médica de Chile, que antecedió a nuestro Colegio—, porque los profesionales, que no pretenden convertirse en tutores de la opinión pública, propiciaran un candidato presidencial que ungiera el veredicto unánime del electorado. Por nada y por nadie quebró más lanzas que por la Universidad Católica a que dedicó tantos desvelos. A modo de inciso recuerdo que me ofreció, en ella, la cátedra de mi especialidad y puesto que la decliné pesarosamente, me pidió que le sugiriera quién podía ocuparla. Sospecho que la elección no fue desacertada.

Su cariño acendrado por esa institución nunca entró en conflicto con el que alentó por la Casa de Bello y por muchas causas desinteresadas y nobles. En una de sus locuciones predilectas el cerebro, porque se sitúa más arriba, no supera al corazón. Como Carlos v, aconsejaba ponerlos en equilibrio y en sí mismo lo consiguió plenamente. Lector infatigable y amante fervoroso de la naturaleza, Espíldora cultivó tesonadamente la mente privilegiada de que estaba dotado y anidó multitud de sentimientos puros y elevados. Modelo de padre, maestro y ciudadano, agiganta el tiempo, figura tan esclarecida y sus amigos la evocamos con la nostalgia que se siente por el ausente que siempre conserva morada en nuestros pensamientos.

BALLET NACIONAL EN GIRA POR LOS ESTADOS UNIDOS

El 10 de noviembre inició una gira de cuatro semanas por los Estados Unidos y Canadá, el Ballet Nacional, con una actuación en el Lincoln Center de Nueva York. La compañía formada por 70 bailarines, está actuando bajo la dirección de su titular Ernst Uthoff, y la orquesta es dirigida por Víctor Tevah. La gira la auspicia el Ministerio de Relaciones Exteriores de

Chile, como parte del programa cultural iniciado el año pasado por la Embajada en Estados Unidos, bajo el nombre de Imagen de Chile.

Después de efectuar 8 representaciones en el Lincoln Center, el Ballet se presentará en Filadelfia, Washington, Greenwich, Providence; luego actuará en Montreal, Canadá; Bloomington y Fort Wayne, Estado de Indiana, y Waukegan y Chicago, Illinois. La última representación se realizará el 8 de diciembre en Mount Saint Joseph, cerca de Cincinnati, Ohio. Entre los ballets principales de la gira figuran "Carmina Burana", "Cacaulán", "El hijo Pródigo" y "Alotria".